

DREAMWORKS

# TROLLHUNTERS

CUENTOS DE ARCADIA

de GUILLERMO DEL TORO

NETFLIX

TAMBIÉN UNA SERIE  
ORIGINAL DE  
NETFLIX



EMPIEZA LA AVENTURA

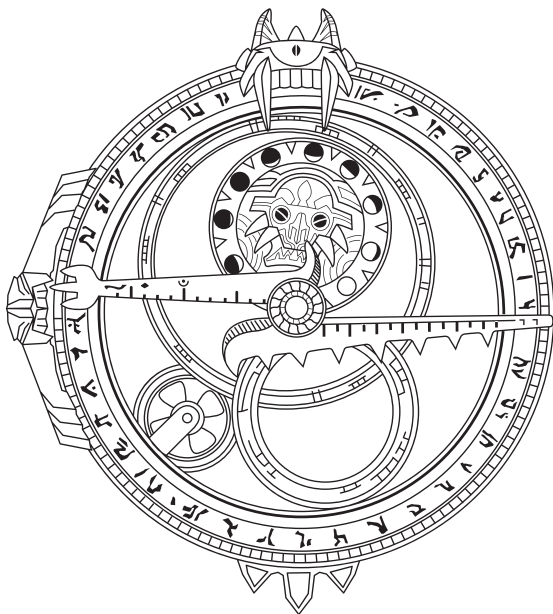
Planeta Junior

DREAMWORKS

# TROLLHUNTERS

CUENTOS DE ARCADIA  
DE GUILLERMO DEL TORO

EMPIEZA LA AVENTURA



Adaptación de Richard Ashley Hamilton  
Traducción de Lluïsa Moreno

Planeta Junior

DreamWorks Trollhunters © 2017 DreamWorks Animation LLC.

All Rights Reserved

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: febrero de 2019

ISBN: 978-84-08-20250-9

Depósito legal: B. 120-2019

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## CAPÍTULO 1

# AMANECE UN NUEVO DÍA

El despertador de la mesita marcó las 6:00 a.m. con ese irritante pitido que indicaba que había clase. James Lake Junior abrió los ojos poco a poco recordando aún el sueño tan extraño que había tenido. Estaba rodeado de miles de partes de motos sueltas sin instrucciones ni nadie que pudiera ayudarlo a recomponerlas. Además, Jim se había despertado con la misma sensación terrible que había tenido en sueños: que se acababa el tiempo. Mirar el despertador tampoco hizo que se sintiera mejor.

Se vistió y se peinó el pelo negro a toda prisa. Bajó por la escalera y, en la cocina, empezó a preparar tres platos a la vez: una tostada con mantequilla para él (un desayuno sencillo pero realmente

delicioso), un pastel de carne glaseado con kétchup y salsa muy picante, y una tortilla de queso de cabra y cebolla caramelizada. Jim, que manejaba el cuchillo de cocina con una precisión experta sobre la tabla de cortar, picaba las cebollas moradas muy finas. Al ver las marcas de cortes que tenía en las yemas de los dedos, recordó que debía doblarlos mientras troceaba la albahaca en tiras largas.

Ocupado en varias cosas a la vez, Jim sacó el pastel de carne del horno y cortó tres trozos, uno para cada uno de los bocadillos que preparó, y luego dobló la tortilla con elegancia en la sartén. No estaba mal para un martes. Ahora venía lo que más le gustaba a Jim: lavó el cuchillo en el fregadero y lo secó volteando la hoja entre sus dedos.

«Chicos, no probéis a hacerlo en casa —pensó Jim—, a no ser que vuestra madre trabaje un montón de horas y estéis hartos de cenar siempre sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada.»

Una vez que hubo secado hasta la última gota de agua de su superficie, Jim colocó el cuchillo en el taco, emplató la tortilla y la llevó al piso de arriba en una bandeja. Con cuidado, abrió la puerta de la

segunda habitación y encontró a Barbara, su madre, profundamente dormida en la cama.

Jim dejó la bandeja encima de la mesita de noche, le quitó las gafas con delicadeza a su madre y se las limpió con el jersey antes de dejarlas justo al lado de la tortilla. Al verla allí tan tranquila, a Jim le dio un poco de lástima. Trabajaba muchísimo en el hospital, salvando vidas humanas, para mantenerlos a los dos. Jim había prometido, mucho tiempo atrás, que no protestaría por tener que cocinar. Era lo menos que podía hacer para ayudar a su madre. Además, era muy mala cocinera.

—Te quiero, mamá —dijo Jim en voz baja tras darle un beso en la frente, y regresó al piso de abajo.

La puerta del garaje se abrió automáticamente y Jim sacó la bici entrecerrando los ojos por el intenso sol.

—Llegamos tarde al instituto, Jimbo —dijo una voz conocida.

Jim sonrió cuando vio a Toby Domzalski espe-

rándolo al final del camino de la entrada. Toby trataba de introducir la cabeza en un casco de bicicleta que hacía tiempo que se le había quedado pequeño.

—Perdona, Toby —se disculpó Jim—. He tenido que preparar la comida. Para mí, para mi madre y...

Jim le ofreció una bolsa de papel marrón; Toby la cogió ilusionado y la husmeó con ansia.

—Ah —suspiró Toby—. Champiñones balsámicos, pastel de carne, dados de tomate seco...

El aparato de Toby brilló a la luz del sol cuando se pasó la lengua por los labios tratando de identificar el último olor que percibía.

—Y cardamomo —reveló Jim.

—¡Uy, te la has jugado, chef Jim! —comentó Toby.

Jim sonrió. A Toby le encantaba comer, ya desde la guardería. Toby admiraba que Jim usara la misma cantidad de carne picada de ternera y de cerdo para darle al pastel de carne el punto justo de jugosidad, y a Jim le encantaba que Toby apreciara ese tipo de cosas.

—¿Qué es la vida sin un poco de aventura?  
—bromeó Jim mientras se montaba en la bici.

Toby hizo lo mismo (después de varios intentos fallidos), y los chicos pedalearon hacia el instituto. Como llegaban tarde, atajaron por el bosque en dirección al canal para ganar cinco minutos. Toby se quejó de los baches, pero Jim no le prestó mucha atención y disfrutó del trayecto. Vivía por los momentos como aquel en que iba a contrarreloj, sentía el viento en la cara y volaba siempre que había un fuerte desnivel.

Esas pequeñas emociones mantenían a Jim concentrado en lo que hacía y así dejaba de preocuparse por lo que le deparaba el día. Se le retorció el estómago al pensar que debía aguantar un montón de clases de materias que no se le daban especialmente bien mientras intentaba no mirar a aquella chica espectacular que ni siquiera sabía de su existencia.

Jim se preguntó cuánto tiempo más podría estar así. Cuánto tiempo más podría seguir siendo tan... normal y corriente. ¿Durante todo el instituto?, ¿toda la universidad? Volvió a tener la sensa-



ción de que se le acababa el tiempo, y la preocupación lo carcomía por dentro.

«Oh, bueno —pensó Jim mientras Toby refunfuñaba detrás de él—, puede que Claire Núñez nunca se fije en mí, pero al menos tengo a Toby. Y a mi madre. Y una carrera prometedora como sandwichero, supongo. El pastel de carne está muy bien, sí, pero ojalá hubiera... algo más.»

Jim trató de olvidarse de sus preocupaciones mientras se dirigía hacia el canal. Al llegar al borde de hormigón, Jim levantó el manillar y su bicicleta se elevó. Mientras dibujaba un arco en el aire, se sintió libre durante unos pocos segundos fugaces de gloria y diversión —libre de responsabilidades, libre de cargas, libre de esa voz insistente que oía en su mente.

Los neumáticos impactaron contra el fondo del canal con un chirrido de goma, y Jim volvió la vista atrás, hacia el bosque, esperando a Toby, que se había quedado rezagado.

—¡Deprisa, Toby! —gritó Jim, y su voz resonó contra las paredes cubiertas de grafitis del canal.

Toby no respondió. Seguramente aún estaba

demasiado lejos para oír a Jim. En cambio, Jim escuchó otra voz que retumbó dentro de su cabeza. No era la misma que siempre cuestionaba lo que hacía.

No, era una voz desconocida. A Jim le pareció vieja, poderosa y extremadamente seria cuando la escuchó pronunciar su nombre:

—James Lake.

